

Dicbre. 1969 - Enero 1970

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

ALGUNOS POETAS ANDALUCES

DEL

50

*Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa*

Nº 11

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación mensual
La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta:

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Imprenta Dardo

Situación financiera: Se nutre sólo
con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización Miramar
Torremolinos - Málaga

Administrador:

Félix Rodríguez García de Villegas

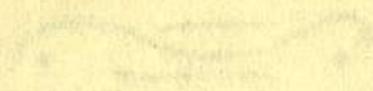
Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 450 ptas.
en dos semestres anticipados de 225

INDICE

Pablo Picasso	5
Individualismo andaluz	7
Moscoso	9
Antonio Almeda	10
Aquillno Duque	13
Cayetano Aníbal	18
Julio Alfredo Egea	19
José Carlos Gallardo	22
Sánchez Muros	25
J. G. Ladrón de Guevara	26
Rafael Guillén	31
Agullera	35
Julio Mariscal Montes	36
Carlos Muñoz Romero	38
C. Aníbal	42
Pilar Paz Pasamar	43
Rafael Soto Vergés	45
S. Muros	47
José Luis Tejada	48
Aguilera	50
Punto final, por José M.º Amado	51

LITORAL

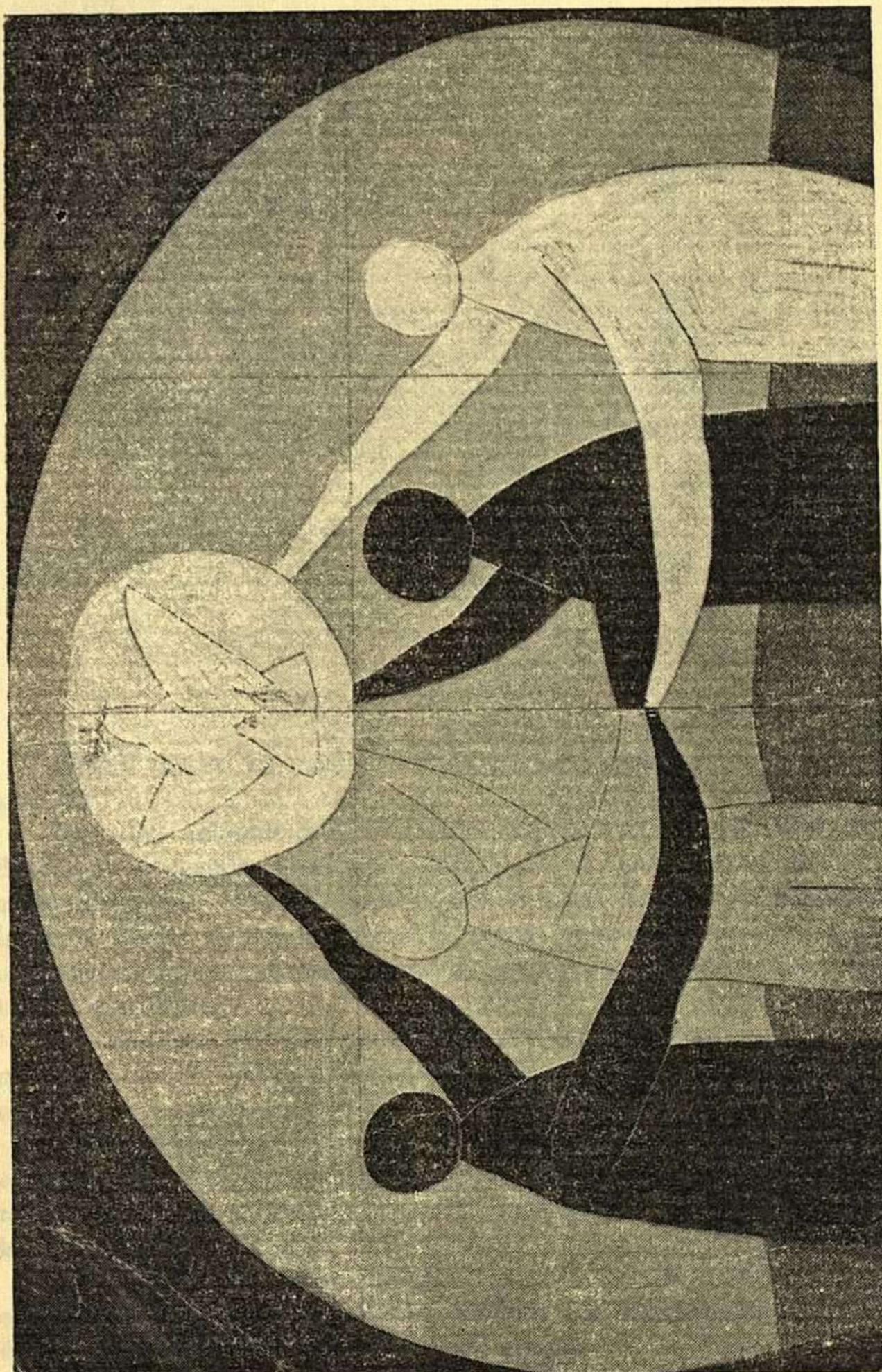


LITORAL



LITORAL



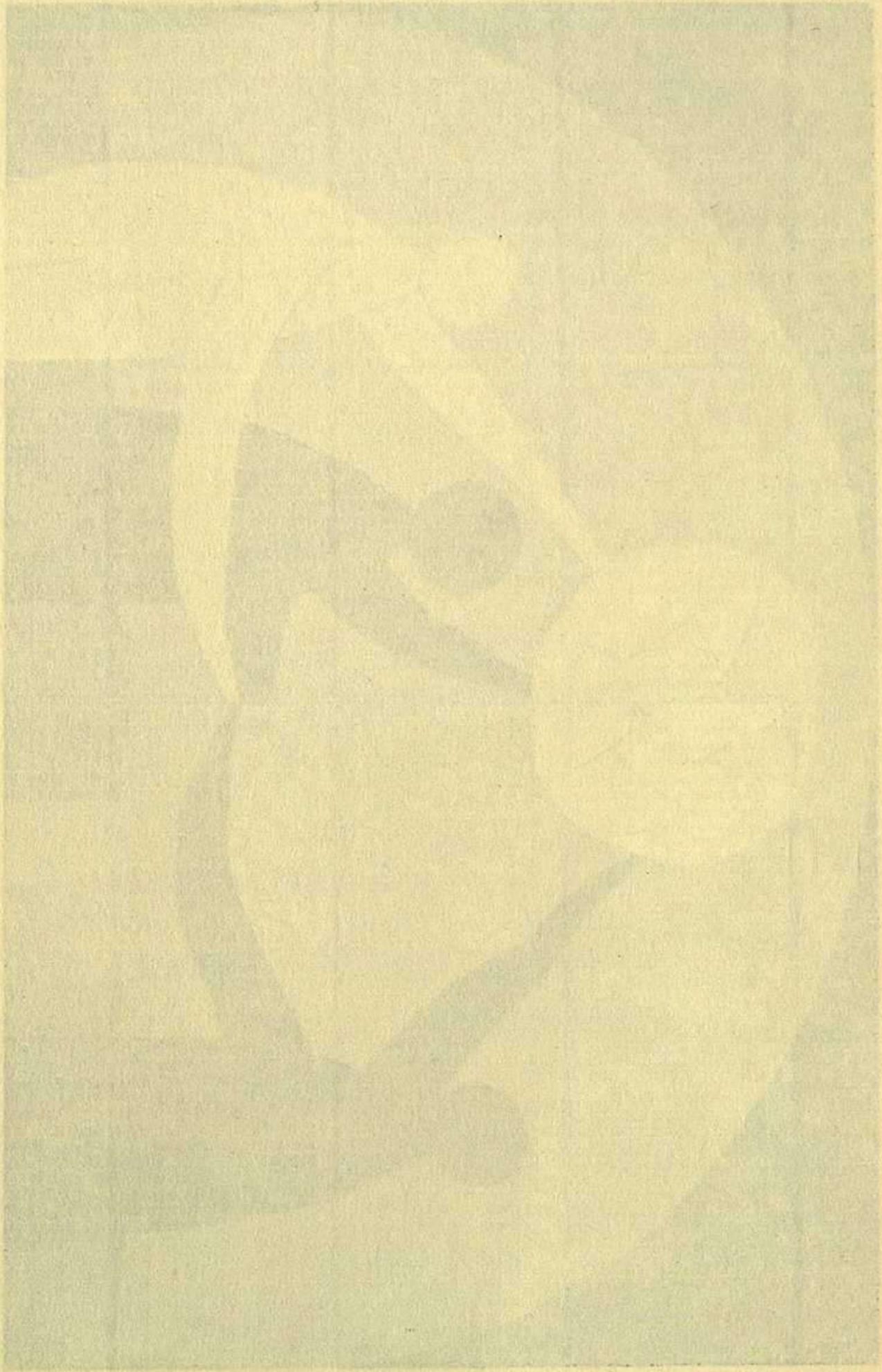


PABLO PICASSO.

Las cuatro partes del mundo. (Museo Vallauris)

El cuerpo bailar del cuerpo (Cuerpo y espíritu)

LYBHO LACYBO



INDIVIDUALISMO ANDALUZ

¿Dónde están los poetas andaluces que empezaron a publicar por los años 50?

Hay que advertir que al andaluz nunca gustaron los adverbios. Ni el dónde, ni el cuándo, ni el cómo. Así, pues, se podría decir que estos poetas andaluces “están”, “son” simplemente. Ir más allá sería pretender medir la blancura de las salinas gaditanas, o querer vender por parcelas el sosiego de un patio cordobés, o intentar llevar al pentagrama el sonido fresco de los surtidores granadinos.

No obstante, en este tiempo en que definir parece ser más importante que vivir, o que crear, podríamos ahondar un poco y, por exclusión, intentar contestar a la pregunta.

Estos poetas—los verdaderos, claro—no están nunca al socaire de una consigna, provenga de adentro o provenga de afuera, porque aunque, amantes de la naturaleza, gustan del canto de todos los pájaros, no soportan el de los loros, y menos si éstos están a sueldo.

No están en ningún redil o dehesa más o menos literaria, y sea cual sea el color de los establos, porque en Andalucía el cielo es luminoso, las noches claras y se puede dormir muy bien al aire libre.

Huyen de las aglomeraciones. Así, es inútil buscarlos en todo lo que tenga apariencia de secta, facción, bandería o grupo—de presión o de coros y danzas—porque basta observar la más auténtica manifestación popular del Sur,

el "cante jondo", para saber que son individualistas. La "soleá" la canta un hombre solo, y para encontrar orfeones y coros celestiales hay que trasponer Despeñaperros.

Tampoco están donde pueda medrarse con facilidad, porque bien se sabe a costa de qué se medra, y el andaluz posee un innato sentido de la elegancia.

Ni están—seguimos con los auténticos y conviene repetirlo—a la sombra de cualquier actitud política que pueda resaltar una menos que mediocre personalidad literaria, porque para sombra les basta la de sus olivos o sus higueras.

Desprecian el conformismo tanto como la sistemática y ciega oposición, de modo que nunca se hallarán cerca de donde huela a incienso, como tampoco de donde huela a pólvora; porque los olores exóticos les marean, por una parte, y porque, por la otra, tienen altamente desarrollado el instinto de la conservación. Respecto a esto último hay que aclarar, sin embargo, que suelen darse con frecuencia héroes andaluces, y la razón desconocida hasta hoy es que a algunos le resulta esto, de improviso, divertido, gracioso.

(Tocamos aquí, pues, de paso, el misterio de la gracia andaluza. Porque la más poderosa razón que puede alegar un andaluz para cualquiera de sus actos es ésta: "Porque tiene gracia." Gracia, o garbo, o desplante torero. Y puede tener gracia aplaudir los párrafos redondos de un orador retrógrado hasta hacer que los repita, o dar vivas en el tumulto a lo que sea—como cuando aquél intercaló su pregón entre los vítores: "¡Sardinicas vivas!", y todos contestaron "¡Vival!"—; o puede, de pronto, convertirse esta gracia en algo muy serio y entonces no hay quien les gane a la hora de jugarse la vida. Pero todo esto no es fácil de entender, así que volvamos a nuestro tema.)

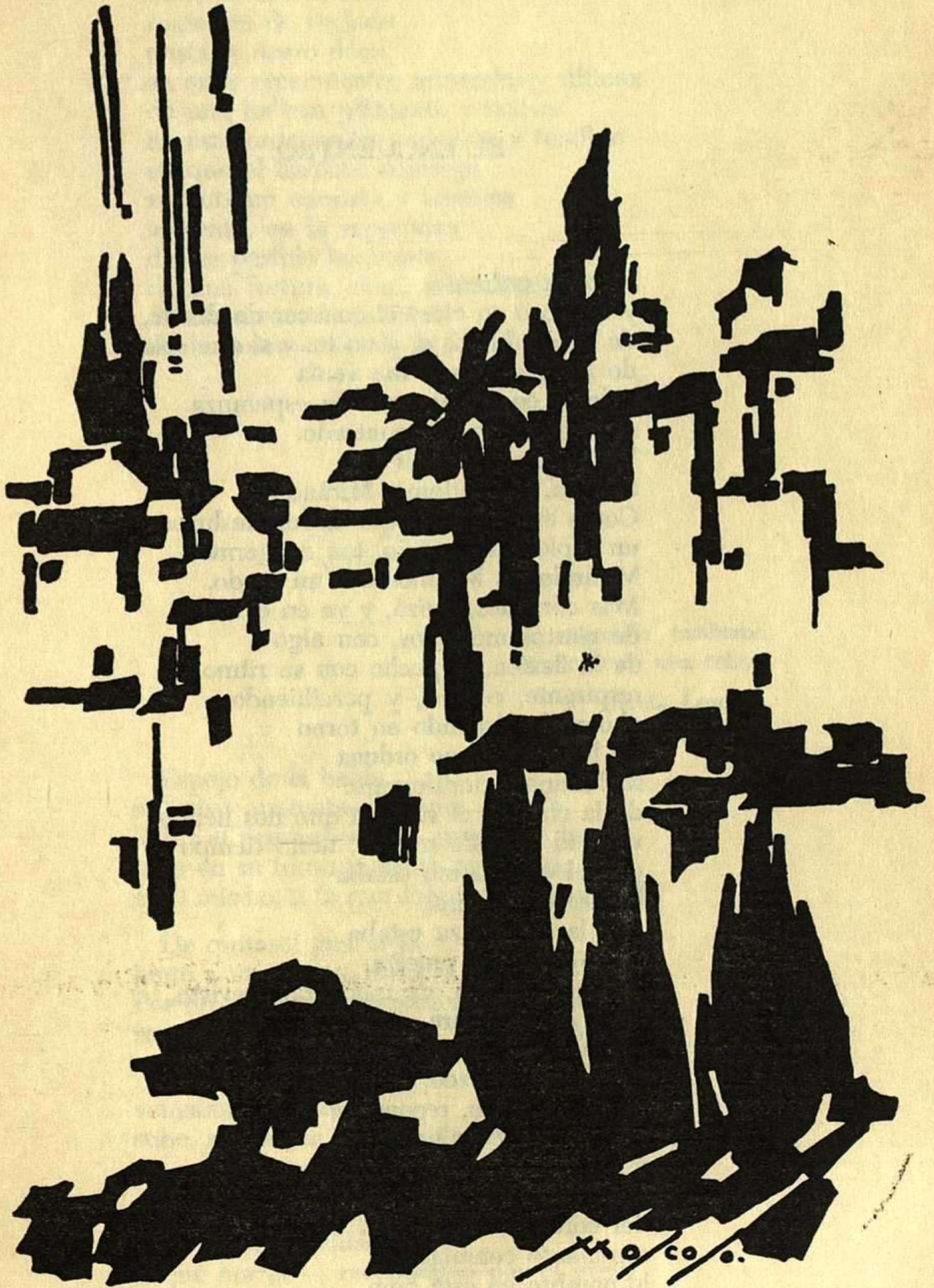
Si seguimos excluyendo, ¿llegaremos a saber dónde están estos poetas? Difícil se presenta la cuestión. Desde luego, no en las antologías contra esto o lo otro, como tampoco en los florilegios de sonetos para conmemorar la victoria de Lepanto. Ni citados en los ditirambos que intercambian a diario, de revista literaria a revista literaria, los improvisados fijapelos generacionales. ¿Estarán en el aire? Si se tratara de un aire para cada uno, es posible. Recuerdo que me decía alguien, no hace mucho, con la mejor de las intenciones: "Si os unieseis todos los realmente independientes, formaríais el grupo poético más importante en la actualidad." La respuesta era tan clara, que opté por no contestar. Si nos uniésemos los independientes, dejaríamos de ser independientes.

¿Dónde están entonces estos poetas? Por ahora, en este número de "Litoral" encontraremos a algunos, que ha habido que cazar al vuelo. (Faltan muchos, desde luego, y quizás de los mejores, porque el número de páginas impone una limitación. Habrá que pensar en preparar una segunda entrega.) Y mañana, ¿dónde estarán? ¡Quién sabe! Con una noche por medio, pueden ocurrir muchas cosas.

RAFAEL GUILLÉN

Granada, octubre 1969.

Moscoso



Antonio Almeda

EL ENCUENTRO

Pero ya enfrente
y un poco en claro el conocer de dónde,
de qué le he visto, y no es, y sí que sólo
de la sola mirada me venía
todo el conocimiento y la esperanza
de este hombre encontrado.
Y sin que hablemos
todavía. Mirándome. Mirándole.
Como en temor de que la luz desluzca
un esplendor novicio, tan en germen.
Mirándome. Mirándole a mi modo.
Más cómodos, quizá, y ya en el uso
de ciertos músculos, con algo
de la flexión, el pecho con su ritmo
respirante, cordial, y percibiendo
ahora el estruendo en torno
de la ciudad que ordena
su luminaria indiferente:
de la ciudad, el sitio en que nos hemos
visto al final de mucho, tanto tiempo
que el entusiasmo estaba
duramente lejano,
que la esperanza estaba
como perdida, muerta.
Hasta que aquí, de modo no previsto,
llega este hombre,
surge y yo le veo,
y yo le reconozco.
En él me miro, reconozco y canto.
Y diciéndole amigo,
y llamándole hermano en la medida
que puedo, en la medida
del corazón, hermano y compañero,
caminante conmigo
lo nombro en esta hora

feliz, bajo este cielo
que nos ha juntado
hacia la fuerte edad, en este sitio
rugiente, de reglado
cristal y acero dócil,
en estos crecimientos minerales y últimos
de una belleza plateante y nueva,
en esta ordenación poderosa y temible
en que el hombre sumerge
su antiguo corazón y forcejea
ardiente, en la esperanza
de un posible horizonte,
de una fortuna clara, suficiente,
de un menester propicio
en la procuración de la alegría.

*

NARCISO 69

El escándalo temblaba
rayado como una cebra.

F. García Lorca

Espejo de la bahía.
reflexivo aparente—sin que ahonde
la luz el pensamiento—, aunque la hastía,
mira en su torno y, como no confía,
ni él mismo, a lo que inquiere, se responde.

De quitasol guarnido,
junto a un martini aliña la figura.
Por no mirado un mucho incomprendido
se siente, y piensa que la vida es dura.

Desde la boca fría,
venganza y donosura,
sube, sin luz, la flor de la ironía.

De sombra perfumado
quisiera estar y de silencio apuesto.
No del todo olvidado
—qué horror—, reconocible por el gesto,
asaz disimulado.

Paralelo a la mar, la piel morena,
diana de mirones
camina—hace gestiones
con el sol—, y kilómetros de arena
miden sus pasos rítmicos, dulzones.

Luna apenas el pelo,
seminevados, ay, los aladares,
la indiferencia al sexo por consuelo,
da al azul de los mares
su apolínea blandura, y al del cielo.

No tacto ni promiscuo vecindaje.
Sí admirativamente contemplado.
Tal un bello paisaje
míresele, y en él, lo delicado
de su bikini, en Hammerfest comprado.

A las ninfas de doce
como al soslayo mira,
no adivinando un roce
que no anhela, con ira
la vista en el altamar, mientras suspira.

No al alcohol ni a la droga
se da, sí a su vacío omnipresente,
azogue que le ahoga.

Y, melancólicamente,
vaga Narciso, boga
a los ojos, sin nombre, de la gente.

Aquilino Duque

CANCION DE RUEDA

(España, 1898 - Cuba, 1961)

Con las barbas de Maceo
vamos a hacer una escoba
para barrer los cuarteles
de la bandera española.

Canción de rueda que giras
en torno de mi memoria,
niñas de flor de romero
y de aleluyas patrióticas.

Por las placitas de España,
limpias voces labradoras
tejían jugando al corro
coronas y más coronas.

¡Ay la Escuadra, ay Santiago!
La derrota no es derrota
porque está la mar por medio
y la convierte en victoria.

¡Pim-pam-fuego! Iba la Reina
Regente y Gobernadora
arrastrando el fin de siglo
como una bata de cola.

Jota del ferrocarril.
Alta, la locomotora
con dos banderas cruzadas
y un airón de chispas rojas.

La vida, el brocal de un pozo.
El mundo, plaza redonda.
Arcaduz el corazón
y la sangre agua de noria.

Vendaval de las banderas.
Avalancha de las tropas.
La limpia voz del clarín
disipa el polvo y la pólvora.

A su cauce vuelven siempre
los ríos que se desbordan.
Las vueltecitas del mundo
dan su sitio a cada cosa.

Las niñas juegan al corro
de nuevo en las plazas solas.
La madre España le dice
a la más chica de todas:

—Con las barbas del Caballo
tienes que hacer una escoba
para barrer a los yanquis
de la América española.

1961

*

LA MUERTE EN SEVILLA

El mundo hispánico tiene cuatro capitales literarias, fuera de las cuales es, en principio, casi inconcebible toda vida intelectual. Fuera del tinglado de revistas, editoriales, teatros, cafés, tertulias, salones (bueno, "cock-tail parties") de Méjico, Buenos Aires, Madrid o Barcelona, tiene el escritor de habla española escasas perspectivas de reconocimiento cultural. Afortunadamente, en estos últimos años, la facilidad o la necesidad de viajar nos ha permitido a muchos hacer lo que los tácticos franceses llaman una "fuite en avant", y es notable la lista de escritores hispánicos que viven y trabajan lejos no sólo de las cuatro metrópolis citadas, sino incluso del ámbito del idioma. Ojalá esta diáspora contribuya a la descentralización cultural de nuestro mundo, y ojalá un día se pueda vivir y trabajar en La Habana, Lima, Sevilla o Salamanca como hoy se trabaja y se vive en Londres, París, Ginebra o Roma. Porque antes de esta marginación exterior y abierta, ha habido una marginación interior y cerrada, y una y otra, correspondientes a impulsos respectivos de rebeldía o reacción, nos han llevado, y nos llevan, a muchos al peligroso dilema de lo cosmopolita, caricatura de lo universal, o lo provinciano, remedo de lo popular.

Sería injusto achacar toda la culpa del confinamiento provinciano o del destierro cosmopolita al orden cultural establecido; mucho hay de decisión

personal, de elección libre, de renuncia desdeñosa, de ambición poética, de recato literario, pero cuántos, al dejar la sinagoga metropolitana por el huerto pueblerino o el rascacielos extranjero, no habremos ido a parar a un patinillo umbrío y desolado o a una babel desolada y vacía. (No hablo aquí de los escritores con obra hecha o en marcha que nuestra guerra echó a rodar por el mundo, cuya gloria está hoy intacta y cuyo destierro, a la larga, sólo perjudicó culturalmente al país que los perdió de vista.)

Uno de esos escritores marginados hacia dentro, confinados, por así decir, fue don Vicente Risco, autor, entre otras cosas, desde la periferia de la Península, de una interesante novela de tema universal trascendente, de la que no se ha hecho ni la mitad del caso que se hace de innumerables novelas de tema nacional y oportuno totalmente exentas de interés.

Otro ha sido, en Sevilla, Joaquín Romero Murube.

Entre el Madrid literario y la Sevilla poética, Joaquín Romero optó por Sevilla, y en Sevilla tuvo su premio y su castigo, porque la poesía que le rehuía por las calles sólo se le entregaba en la fronda de sus jardines; porque Madrid estaba cada día más lejos y Sevilla cada vez más extraña; porque cada hora se le hacía más arduo su voto de soledad. Buscaba una Sevilla de aire y de agua, de cal y canto y sol y sombra, y topaba a cada paso, funcionario municipal al fin y al cabo, con una Sevilla "municipal y espesa". Bien abiertos tenía los ojos a las malas partidas de la ciudad de sus amores, pues refiriéndose a la perdida tradición de la aristocracias intelectuales decía con despecho de amante burlado:

"Puede ser que en Sevilla existan las ricas individualidades que marquen la continuidad de aquella tradición. Pero no operan como antes: quedan anulados por el medioambiente, que no los sigue, que no los comprende y ayuda. Y de ahí que, a veces, Sevilla parezca un pueblo de lugareños, que viven en una ciudad de primerísima categoría. Lleve el lugareño título de abogado, de médico, de periodista, de marqués o de conde."

Frente a esa Sevilla, no le quedaba otra solución—dichoso él—que replegarse dentro de su Alcázar, y allí confinado, de murallas adentro, olvidado por Madrid, desdeñado por Sevilla, contemplaba la Giralda como desde su mirador de la fortaleza de Agra, depuesto y confinado por su hijo Aurangzob, Shah Jahan contemplaba melancólico, repetida en el río, la blancura del Taj Mahal. A veces salía este rey de taifa, vencido de antemano, a romper una lanza levantisca. Siempre volvía cabizbajo, y se encerraba para no rendirse. Así fue su horizonte poético encerrándose, reduciéndose a la contemplación de una naturaleza de jardines con una torre "lejos y en la mano". Y a fuerza de buscar la unidad de la vida en la comunión con la Naturaleza, de vivir como árbol entre árboles, de estudiar con amor la vida de las plantas, acabó por darle la espalda a la historia; fue metiéndose en una ciudad intemporal por donde la historia había dejado de pasar, y como no se regía por las leyes de la historia, sino por las de la Naturaleza, no nos asombre que, siendo de espíritu tan liberal, tuviese una mentalidad tan conservadora. En la historia los cambios bruscos se llaman revoluciones; en la Naturaleza, se llaman cataclismos. Joaquín Romero confundía, quién sabe si con cierta razón, las revoluciones de la historia con los cataclismos de la Naturaleza.

Encerrado ya en sí mismo, ensimismado y solitario, veía campar por la

ciudad a los enemigos que combatiera en vano durante toda su vida. Sobre la ciudad se abatía un cataclismo urbanístico, una revolución materialista más vislumbrada por Ortega que por Marx, y a él no le quedaban fuerzas poéticas para seguir luchando. Años atrás, cuando ya el cielo empezaba a aborrasearse, escribía entre bromas y veras una carta imaginaria al difunto cacique liberal don Pedro Rodríguez de la Borbolla:

“En Sevilla existe una aristocracia de tipo más o menos histórico, estática y respetabilísima; una burguesía comercial, potente y reducida; una artesanía o comercio medio, que tiende a desaparecer, y un enorme cuerpo proletario—desde el funcionario al peón—que vive mal y que casi no tiene una casa con el mínimo de condiciones higiénicas. Hay muchos azulejitos para cobrar por tipismo lo que no se nos da en salubridad... En Sevilla se imprimían bellísimos libros. Hoy es punto menos que imposible editar un libro en Sevilla... En Sevilla hubo una prensa diaria vívida, palpitante, seria. Hoy apenas queda de ella si no su recuerdo...”

Y lo peor de todo es que, por más que quisiera, no podía desentenderse de los destinos de la ciudad fascinante y aniquiladora por cuyo amor y cuyo estilo—como José María Izquierdo antes que él—había sacrificado lo mejor de su talento. “Por Sevilla, todo—proseguía la carta—. Nuestro destino es hablar de ella con tono más o menos destemplado. Y tememos que ni aun así se enteren.”

Joaquín Romero, a la hora temprana de las decisiones irreparables, rehuyó los altibajos y las incertidumbres de una existencia literaria por la certeza de una vida que quiso poética en uno de los cargos administrativos más bellos del país; quiso llevar una vida poética en una ciudad culturalmente provinciana, mientras Luis Cernuda, compañero suyo de paseos militares a caballo, hacía lo contrario: perdía la ciudad, pero salvaba su vida poética. Y es que en esta vida, le decía a alguien una vez otro escritor, periférico, otro marginado, aunque hacia afuera, Eugenio Montes, “unas cosas son a costa de las otras”. Joaquín Romero Murube ha dejado aquí y allá páginas clásicas, es decir, vivas y ejemplares, de interpretación poética de Sevilla; para que se reconozcan como es debido, tendrá España antes que descentralizarse culturalmente, y para que eso ocurra, tendrán las capitales de provincia, con Sevilla a la cabeza, que dejar de ser culturalmente provincianas.

Ahora, sobre los restos de Joaquín Romero, amortajados, seguramente, con una túnica de nazareno, echarán las fuerzas vivas de la ciudad coronas fúnebres en pago de las rosas escatimadas en vida, paletadas de tierra y cascos procedentes del derribo de algún palacio del XVII.

Yo quiero dejar constancia una y mil veces del desigual combate que Joaquín Romero libró por una ciudad ocupada por unas hordas de filisteos a los que, ¡ay!, alguna que otra vez no tuvo más remedio que rendir vasallaje. Y quiero dejar constancia de que para mí, que a la hora temprana de las decisiones, hice lo contrario que él, fue el Alcázar de Sevilla, gracias a su alcaide, oasis de la inteligencia, reducto de la tradición, entrada al ancho mundo. Allí en los años de mi adolescencia literaria, encontré los estímulos y se me abrieron las puertas de una vocación y un destino; allí vi, por vez primera, un libro de Alberti (poeta que en aquel entonces sólo por tradición oral circulaba); allí tuve la primera relación directa y humana de lo que en vida fueron

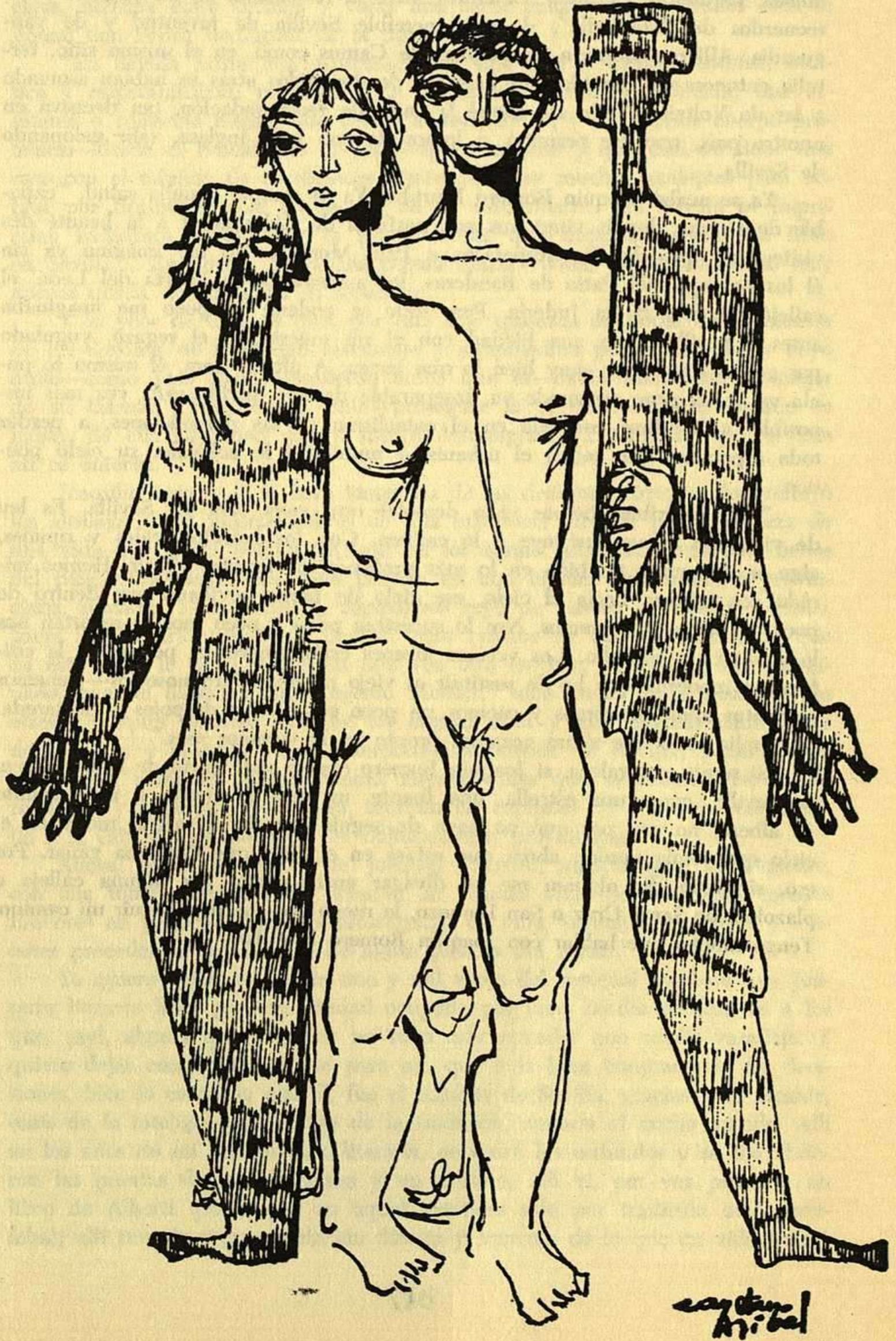
Federico García Lorca y Fernando Villalón; allí conocí a Jorge Guillén y a Dámaso Alonso, y así pude ir reconstruyéndome una época y un ambiente que la guerra había destruido y la postguerra tratado de enterrar. Allí rastree la línea recatada, pura, honda, grave, de la Sevilla de Bécquer, Machado, Jiménez, Izquierdo, Cernuda, Collantes; tuve la revelación, en las páginas y los recuerdos de "Mediodía", de una increíble Sevilla de juventud y de vanguardia. Allí me asomé a las páginas de Camus como, en el mismo sitio, tertulia entonces de Olavide, mis paisanos de dos siglos atrás se habían asomado a las de Voltaire. Y de allí saqué la carta de recomendación, tan decisiva en nuestro país, que me permitió, a lomos de una beca inglesa, salir galopando de Sevilla.

Ya se acabó Joaquín Romero Murube. Ya se rompió aquella salud, "capable de résister depuis vingt ans aux parfums de l'Alcazar et á la beauté des visiteuses", que dejaba estupefacto a Paul Morand. No me imagino ya sin él los naranjos del Patio de Banderas, los azulejos de la Puerta del León, el callejón secreto de la Judería. Pero todo se andará; tampoco me imaginaba antes a Sevilla como una Piedad con el río muerto en el regazo, yugulado por gentes que saben muy bien lo que hacen. A última hora, él mismo se ponía ya en lo peor, resignado ya, inseparable de una Sevilla cada vez más imposible, a hundirse con ella en el cataclismo de las demoliciones, a perder toda esperanza que según el urbanismo municipal le achicaba su cielo poético.

"Hoy—escribía—hemos visto demoler otra vieja casa de Sevilla. Es ley de vida. Lo nuevo sustituye a lo caduco. Con los ladrillos, cales y ripiajes, algo se derrumba también en lo más profundo de nuestro existir. Hemos mirado con tristeza hacia el cielo, ese cielo de barrio sevillano que dentro de poco ya no columbraremos. Nos lo sucestran poco a poco, nos lo recortan nos lo ocultan sin remedio. Los vecinos jóvenes están alegres al pensar en la edificación moderna que ha de sustituir al viejo caserón. Pero nosotros—¡tenemos ya tantos años!—morimos y caemos un poco entre estos despojos y polvareda. El amplio cielo que ahora gozamos pronto no lo veremos más."

Si somos naturaleza, si Joaquín Romero era en vida parte de la naturaleza de Sevilla, como una estrella, una fuente, un seto de murta o un caminito de albero, no veo por qué no haya de seguir estando de algún modo en el cielo que temía perder, ahora que estará en el cielo que esperaba ganar. Por eso, si algún día alguien me ve divagar ensimismado por alguna calleja o plazoleta de Santa Cruz o San Lorenzo, le ruego que me deje seguir mi camino. Tengo mucho que hablar con Joaquín Romero Murube.

Cayetano Aníbal



Cayetano Aníbal

Julio Alfredo Egea

NOTICIA DE MI VIDA

Se perdió en los desvanes una vara de mando
que empuñaron caciques; se perdieron más cosas:
la llave de la cárcel, los listines del miedo,
las sospechas remotas y también los discursos.
Temblaron en mis venas mil hombres sudorosos
y di un bando diciendo: enterrad los candiles,
sujetad entre todos la humildad de mi brazo.
Lo primero, es urgente, arreglemos las plazas
y que jueguen felices a la rueda los niños;
hagamos lavaderos, sujetemos el agua,
alcemos su nivel a un canto de muchachas.
Sé que hay hombres que nunca pensarán que mis brazos
son puntales urgentes en violenta renuncia,
humildes, sujetando las esquinas del pueblo.
Ellos son esos tristes mecánicos del mundo
que muellemente ocupan sus butacas prestadas,
fabricando consignas, traduciendo rencores.
Me pondrán etiquetas, se reirán de mi nombre
pero nada me importa, mis vecinos me importan,
les dirijo saludas y los censo en el alma,
certifico en cada hora su limpieza de trigo.
Sabe Juan el bracero que lo nombro en mis versos
y mi brazo está en hombres que han tornado de Francia.
Yo también salgo a veces, a cambiar por monedas
mi gritar, mientras dejo esta sangre sembrada.
¿No os importa que cambie mi color de camisa
cuando un hombre de buena fe promulgue otra cosa...?
Siempre el tiempo termina con colores y signos;
lo perenne es España.
No penséis mi bandera sin espigas; creedme,
soy el niño que estaba creciendo entre los surcos,
mi estatura soporta bofetadas de tierra,
pienso que hay mil motivos para tocar la rosa
y Dios no está azul nunca, y sangro cada día.
Dejadme que maneje este ritmo, dejadme;

sabré seguir la ruta del tractor y la espiga,
sabré morir de pronto, convocar en la plaza
todo el sudor, ponerme a nivel con vosotros,
mis vecinos sedientos, entre el vino y el salmo.
Me duele toda música de mis labios, me duele
el retórico pan que no sale del trigo.
En mi casa os espero, dadme un beso o matadme.
Avanzad con arados, con martillos, prometo
ser besana y metal en oficio de entrega;
sois amigos de siempre, desde un tiempo de alondras.
Yo levanto mi mano temblorosa de versos
y no mando ni ordeno, quiero sólo en hogares
resolverme hecho brasa, hecho leña de encina.
Soy alcalde de un pueblo con el nombre de pájaro
y me duele la sangre que ha pasado a la historia.

*

TRENES

Trenes en el insomnio, con soldados cantando,
antiguos trenes de la memoria;
masticando llanto de niños, suspiros de mujer,
cruzando fronteras sin regreso.
Ejes, ruedas, palancas furiosas
arrancando la sagrada raíz.
Mentira de paisajes
con la yerba asomada,
con fugacísimos árboles mutilados,
con pájaros persiguiendo el suspiro.
Trenes cruzando el oscuro corazón de los montes
para salir de nuevo a la vida,
para repetir árboles y llantos,
para remolcar toda la niebla,
para dejar al hombre uniformado
en la tremenda soledad de la historia.
Trenes de guerra, oscurísimos trenes
color de odio, rebeldes a una orden
que intente camuflarlos de campo,
invulnerables al dulce sabotaje de las flores,
rompiendo la canción con su monótono martillo;
en donde intentan dormir viajeros arrancados

de brazos de mujer, de iniciadas besanas,
limitando en postales su equipaje.
Citas, fugas, hogares imposibles
en el último baluarte de los sueños.
Trenes de retaguardia; mujeres con sus cestas de legumbres,
plegadas mujeres con hijos y soledad por equipaje.
Estos trenes cruzaron nuestra infancia,
abrieron tristes túneles como llagas
en nuestra carne niña, dispersaron los pájaros,
interrumpieron juegos iniciados.
¿Por qué nos acusáis de llevar en el alma
la sonrisa truncada, como un vidrio precioso que no pudo
llegar a copa? ¿Cómo
no comprendéis el peso que arrastramos, de maderas tristísimas,
preparadas para fabricar maletas y ataúdes
en las humildes carpinterías de los pueblos?
Estamos esparcidos, hierro y tierra, por los nuevos caminos,
lágrima evaporada, sudor perdido en la reciente gleba.
Nuevos viajeros que pasáis cantando,
respetad esta huella lacerada,
seguid en vuestros trenes felicísimos.
Se cruzan trenes, trenes en la niebla
de la memoria, trenes fatigosos,
sin destino seguro, sin la gracia
de niños vigilando el apeadero.
Tratamos de olvidar la pesadilla
de negras estaciones devorando
nuestra rota niñez desconcertada.

José Carlos Gallardo

ORACION PARA PEDIR LA VIDA

Aquí estamos después de tanta geografía,
después de tanto tren y tantas manos.

Aquí estamos nosotros,
los que asistimos un día al templo
porque nos daban pan y camisetas;
nosotros los de los fusiles
en las jóvenes manos ateridas,
cuando no habíamos aprendido a maldecir.

Aquí estamos
los que después volvimos con sangre de menos,
los que decimos siempre "nosotros no hemos sido"
y vamos a los hornos a purificar los cuerpos;
los que andamos la tierra y conocemos
por qué se muere el trigo y llueve a días.

Nosotros,
los manolos, los diegos, los franciscos,
los que tenemos un reloj de herencia,
los que tememos que nos nazca un hijo
porque se acorta el pan y el sueño;
los que sentimos el invierno
antes que nadie,
y guardamos la vida bajo una sola manta.

Nosotros, aquí estamos.

Y si decís "¡Pobres de España!",
aquí estamos nosotros.

Nosotros siempre, en todas partes, presentes pobres,
hijos de cama dura y pan escaso.

Nosotros.

Y si oís que alguien corre perseguido,
nosotros,
los que oímos pedir pan para todos
y tenemos hermanos que se ríen mientras morimos.

Y si hay a quien matar,
nosotros somos los que hemos matado,
los que buscamos leña para hacer la comida
y dormimos con rocas bajo el cuerpo.

Pero somos nosotros y aquí estamos.

Aquí estaremos siempre,
nosotros,
los que esperamos día a día que amanezca
para irnos al trabajo y beber algo
y olvidar que nosotros somos
los pobres de los pobres, por los siglos de los siglos.

*

DESCONCIERTO

Una bala perdida dio en el blanco.

Los fusiles, dispuestos a la muerte,
se cargaron de sombra inútilmente.

El muro quedó en blanco:
le faltaban al cadáver cinco disparos.

En la tierra yacía,
sangrando por una invisible herida.

Alguien le hizo el suicidio,
quedándose como un muerto perdido.

Un ángel, con la guerra en bandolera,
le disparó una bocanada de plumas negras
y nadie supo cómo
murió sin una tétrica descarga de plomo.

Antes de tiempo
quedó el cadáver sin su cuerpo.

Amanecía
Cuando la noche estaba en todo el día;
y sin explicaciones,
media vuelta dieron en blanco los uniformes.

Amarrado a sus manos
seguía muerto el fusilado.

Buenos Aires, noviembre 1969.

Sánchez Muros



J. G. Ladrón de Guevara

ES GRANDE SER JOVEN

Hay un tiempo para ser joven. Y otro para haberlo sido. Por eso no conviene alterar las situaciones. Sobre todo a la hora de juzgarnos—y aceptarnos—los unos a los otros. Lo que hace falta es que los jóvenes le perdonen a los viejos su experiencia. Y los viejos, por su parte, que perdonen a los jóvenes eso: la juventud.

Se nota la juventud de una persona en su forma de sonreír, en el modo de ofrecernos la mano, de abrir el periódico, de asomarse al atardecer. Es casi imperceptible. Ser joven es una profunda cuestión de amor a la vida. De generosidad y comprensión. Reumatismos aparte.

Entre la estupidez de suicidarse por James Dean y la de hacerlo por Rodolfo Valentino, yo no encuentro más diferencia que la distancia de unos cuantos años. La tontería sigue siendo la misma.

Envejecemos en la misma medida que nos vamos “acostumbrando” a vivir. No asombrarnos de estar vivos. No sorprendernos de que cada día amanezca, de la lluvia, del mar, de las manos de una muchacha, del vuelo de los aviones, la música, una naranja, un gato... vivir de la rutina, a remolque del tiempo, a contracorriente de la alegría. Todo esto es envejecer.

Conozco el caso de un señor que se enamoró de una muchacha treinta años más joven que él. Y se casaron. Y aquello fue un desastre. Resultó que la vieja era ella.

Entre la juventud de un Pablo Picasso—pongo por buen ejemplo—, que a sus ochenta y tantos años sigue siendo uno de los pintores más jóvenes de

nuestro tiempo, y la ancianidad de esos otros artistas que a los treinta años de edad ya viven en las postrimerías del siglo XVIII, se comprende fácilmente que nuestra edad no tiene nada que ver con el número de velitas que adornan la tarta del cumpleaños.

•

Advierto que sigo siendo joven porque no me molesta en absoluto que las parejitas de novios se arrullen apasionadamente en mis propias narices. El día que este hermoso espectáculo me fastidie, y hasta me induzca a la protesta, comprenderé que ya soy un viejo.

•

Personalmente—y aunque pretendo vivir mucho—no quisiera morirme de viejo. Me gustaría morirme de joven. Eso sí, al cabo de los cien años.

•

Nunca se tarde para volver a nacer. Para apuntarnos otra vez a la juventud. Por mi parte puedo asegurar que ahora mismo estoy a punto de empezar a vivir. Acabo de descubrir, esta mañana, el mundo. Y así todos los días. dangas de su peculio.

•

Un joven de treinta años llega a su casa. Se calza las zapatillas de paño a cuadros. Se acomoda en una butaca de orejas frente a la televisión. Enciende un cigarrillo. Bosteza. Y envejece otros treinta años de repente.

•

Parece que las guerras suelen armarlas las personas mayores. Y los primeros en morir ametrallados son los jóvenes. Protesto.

•

Es grande ser joven. Sí. Pero ello es muy fácil cuando se tienen veinte años. Es grande ser joven de los cincuenta para arriba. Grande y difícil.

•

Generalmente, los señores que más furiosamente protestan de las pelanas que lucen algunos jóvenes actuales suelen ser vejestorios completamente calvos. Lo mismo que suelen ser las excelsas damas gordas las que critican más acerbamente a las jovencitas de las minifaldas. En estas actitudes de intransigencia, casi siempre alienta un grave resentimiento, una corrosiva frustración.

Suele decirse, por parte de muy sesudos vejestorios, que la juventud no sabe lo que quiere. Es posible. Lo malo es que la senectud sí sabe muy bien lo que quiere. Y lo peor es que lo suele conseguir. Muchas veces a costa de la juventud.

* * *

La veteranía es un grado. Esto es lo que nos dicen algunos viejos tratando de prestigiar su ancianidad. Y yo digo que un mediocre con los años enriquece su mediocridad. Endurece su minusculez personal. Es decir, que en este caso la veteranía sólo suele proporcionarles dolores de lumbago y muelas postizas.

* * *

Bueno, conste que no basta para ser joven con la juventud de la poca edad. Tener veinte años, quince o treinta, no significa absolutamente nada si al mismo tiempo no hacemos algo para merecerlos. Hay que demostrar que somos jóvenes. Y hacernos respetar.

* * *

La juventud tendrá sus defectos. Pero tiene la virtud de la generosidad, el desinterés, la ingenuidad. Por eso mete la pata a veces.

* * *

Los elegidos de los dioses mueren jóvenes. Incluso si fallecen a los noventa años de edad.

* * *

Lo que la juventud no quisiera es tropezar en la misma piedra de sus progenitores. Dos guerras mundiales convictas y confesas y una tercera y última rondándonos la vida en lo que va de siglo es algo como para pensar seriamente en echar por otros caminos.

* * *

La juventud actual—se dice muy sentenciosamente—no respeta los valores tradicionales, permanentes y etcétera de nuestra civilización. Mucho ojo. Consideremos si la validez de esos valores no habrá sido devaluada, o por lo menos muy deteriorada, por los antepasados de la juventud actual.

* * *

Muchos padres intentan—con muy buena fe, eso sí—trasladar a sus hijos la frustración de sus propias vidas.

* * *

Los jóvenes son otros. Quiero decir que la juventud no es, ni muchísimo menos, esa minoría de epilépticos o aburridos, abrevando estupidez o narcisismo en las barras de ciertas cafeterías a la moda. Esa gente constituye la imprescindible excepción que confirma la regla.

Porque la regla está definida por una juventud que estudia seriamente, que trabaja responsablemente, que piensa, que se enamora, que hace deporte o pasea por el campo, que pega el oído a la música de Beethoven o de los Beatles, que bebe vino y bromea. Esta es la regla.

Cuando me encuentro con alguna vieja fotografía de nuestros abuelitos, petimetres y engominados ellos, palabra que los encuentro tan ridículos, por lo menos, como a los actuales ye-yés. Creo que no tenemos nada que echarnos a la cara.

Algunos jóvenes—no creo que muchos—consumen drogas. Es cierto. Pero yo me pregunto quiénes son los que se las proporcionan. O mejor dicho, en manos de qué personas mayores estará, a escala mundial, el negociazo del tráfico de estupefacientes. O de la pornografía. O de la fabricación de armamentos.

Personalmente yo siempre estaré más cerca de aquel joven—más o menos desaliñado—que esgrime una flor, rasguea una guitarra, abraza a una muchacha, silba y se acuesta bajo los arcos de un puente, que de ese señorón—tan elegante—que mientras sus agentes especulan a brazo partido por las Bolsas mundiales, nos predica y santurronea sobre valores espirituales y otras mandangas de peculio.

Titulares de la prensa granadina del día de hoy: “En sólo tres horas de una supuesta conflagración atómica, tres mil millones de muertos.” “Pero si lo destinado a gastos de armamento en todo el mundo el pasado año se hubiera repartido, cada habitante tocaría a 75.600 pesetas.” ¿Tiene algo que ver la juventud actual con esta monstruosidad? Conviene meditarlo.

PROYECTO PARA UN POEMA

Me hace falta escribir para un poema
donde pueda envolverse una mañana,
donde pueda curarse un malherido,
donde pueda llover cuando no llueva,
donde pueda llorar un solitario,
donde pueda almorzar una familia,
donde pueda acostarse una viuda,
donde pueda esconderse un perseguido,
donde pueda anidar una paloma,
donde pueda enterrarse una desgracia,
donde pueda plantarse un limonero,
donde pueda quererse quien se quiera,
donde pueda invitar a mi enemigo,
donde pueda sufrirse lo que duele,
donde pueda mirarse una muchacha,
donde pueda encontrarme con mi padre,
donde pueda viajar un vagabundo,
donde pueda crecer en paz un niño,
donde pueda volar un prisionero,
donde pueda guisarse una alegría,
donde pueda charlar con mis amigos,
donde pueda olvidarse un desengaño,
donde pueda beber un pajarillo,
donde pueda encenderse una esperanza,
donde pueda ganarse el pan cualquiera,
donde pueda escribirse este poema
que yo quiero escribir. Que me hace falta.
Que me atora la voz. Que no me sale,
Que me va por la vida. Que me viene
por los pasos del hombre que me llamo.
Que me llevo a la muerte. Que me dejo
como un rastro de sangre, con mi nombre,
donde firmo y rubrico cuanto sufro

Rafael Guillén

MAR DEL PENSAMIENTO

Latente mar del pensamiento. Aguas densas, compactas, sólo deformables por el tangente cielo, que presiona sus exteriores límites. Abismos donde el puro concepto se refracta, desviando su rayo en cada cambio de densidad. Profundas trasparencias que, a veces, la oscuridad perdona. Fondos, limos para acoger lo naufragado. Acervo de experiencias truncadas, cementerio de barcos sumergidos. Destellos de conciencia, percepciones del más allá del agua que aseveran la existencia de medios diferentes. Contactos, intuiciones por donde se transmiten los fluidos que, como red nerviosa, ramifican las ideas y la sustentan. Volúmenes cambiantes en el centro mismo de la inmovilidad. Impulsos arrolladores que, elevando el agua, la dejan siempre en su lugar, de modo que tan sólo la forma se desplaza. Superficiales radas donde retornan al final las velas de la imaginación, única fuerza que toda esta energía acumulada alguna vez libera. Simas hondas donde, atrapado en algas irreales, se mece todo lo posible. Vasto imperio inconsistente.

Lo toca el cielo y retrocede. Crece la niebla en los confines

de su piel tensa y sube y se retira
lenta, insensiblemente, como se despega
el calor de los muertos, y se estira
contra la resistencia dolorosa
del último jirón y su desgarró.
Porque crear es un dolor, sin cuerpo
en que apoyar la convulsión postrera.
Porque, después, lo que pensamos crece
como una inmensa mancha y nos sepulta.
Ideas que rompieron sus amarras;
esporas que a sí mismas se fecundan.

Desmesurado mar del pensamiento,
forjado a la medida
de un acto de poder que nos supera,
pero que se contiene y se debate
en unos litorales que la misma
razón, que es obra y parte nuestra, impone.
Eternidad reclusa en la materia.
Materia que desborda su sentido.

Inabarcable mar del pensamiento
que se prolonga en Dios por todas partes.

*

CABALLOS POR EL FONDO DE LOS OJOS

Por todo esto y más, cuando la tarde,
sedimentada ya la luz, la risa,
los colores, echado
lo vertical, crecido lo yacente;
cuando la tarde, ya sutil manera
de aceptación, empapa
en su abandono el circular abrigo
con el que el horizonte nos arropa;
cuando se van desdibujando lenta,
irremediabilmente, los perfiles
que han servido de apoyo
a nuestros ojos: la esbeltez de un álamo,
la gracia de una torre, la aquietante
silueta de un amigo,

la sonrisa de un rostro amado, el dulce
revuelo acariciante
de un ademán, la paz de una mirada;
cuando nos va absorbiendo la penumbra,
tiempo o edad, mientras arriba sigue
flotando todo lo perdido; cuando
desde el recodo último, muy lejos,
la claridad agita
su pañuelo y desaparece, vemos
que, sin haber llamado a nuestra puerta,
como instalada en su dominio, en torno
de nuestra intimidad, por todo aquello
que creímos tan sólo nuestro, ella
se pasea despacio, posesiva,
poniendo en orden el silencio, dando
consistencia a la sombra, acomodando
lo que nos queda todavía, ella,
la más fiel, la tristeza.

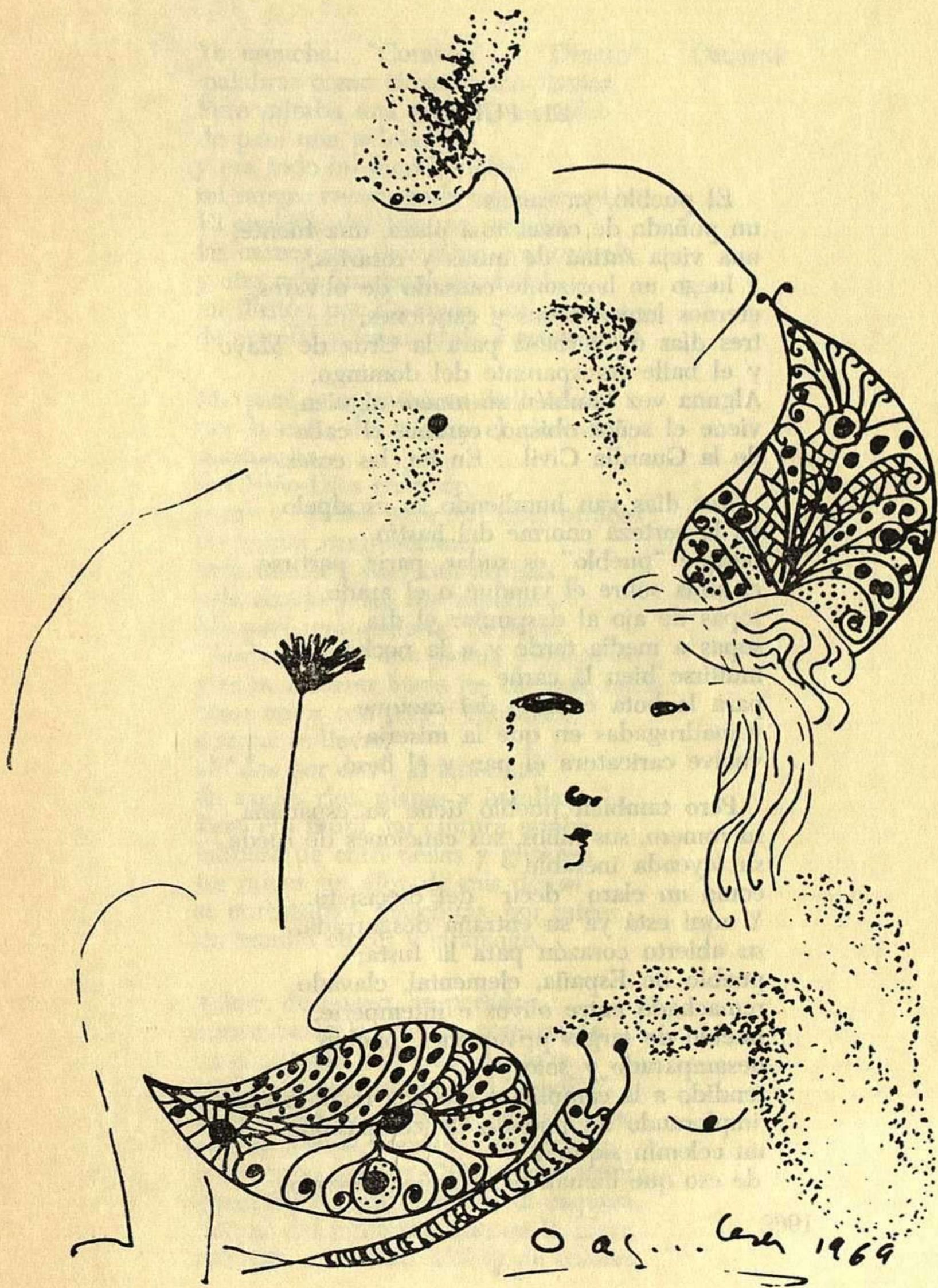
Como si desde siempre
nos hubiese servido oculta, haciéndose
en nuestro agotamiento, al fin, visible.
Nos habita como una resonancia
sin sonido inicial, como un brumoso
recuerdo sin pasado
que lo concrete, como las pavesas
de una pena que se quemó sin llama.
Está en la pesadez de nuestros ojos;
está en la inmensa calma
que aquieta nuestros ojos, en la dócil
renuncia a la sorpresa
de nuestros ojos. Pasa
como un tropel de mansos
caballos por el fondo
de nuestros ojos. Es la polvareda
que todo aquello que se fue, que todo
lo que un día nos poseyó, y se fue,
levanta en su desfile
—visión final tal vez—por nuestros ojos.

Nada está ya en su sitio. Todo oscila
y flamea, pero sin viento, y todo
es como el filo de un cuchillo frío
es como el filo de un cuchillo frío
que hiere sin hundirse,
que nada importa ya si ahora
se hunde, pues lo más agudo
del grito yace dentro sepultado.

Pues la tristeza asoma,
como los iceberg, tan sólo un poco
de su terrible mole sumergida.
Pues la tristeza es el dolor que viene
ya de vuelta, que desgastó, de tanto
golpear en los muros
indiferentes, todas sus cortantes
aristas y retorna
vencido y nos devuelve,
sin inútil ostentación, lo duro
de su verdad, lo espeso
de su dominio manso, desbordándonos.

Una canción, acaso, todavía
nos llega con el aire de otro tiempo,
tal vez palabras que, por un momento,
evocan lo que entonces
fue luz, pero que dentro
de la mirada acaban por tornarse
comprensiva, sumisa, despiadada
fijeza; unos segundos,
quizá una eternidad, antes del llanto.

Aguilera



O. Aguilera 1969

Julio Mariscal Montes

EL PUEBLO

El pueblo, ya sabéis:
un puñado de casas, una plaza, una fuente,
una vieja rutina de misas y rosarios,
y luego un horizonte cansado de olivares,
eternos lutos, recuas y canciones;
tres días de verbena para la Cruz de Mayo
y el baile transparente del domingo.
Alguna vez también se muere alguien,
viene el señor obispo, cambia el cabo
de la Guardia Civil... En fin, las cosas.

Los días van hundiendo su escalpelo
en la corteza enorme del hastío,
porque "pueblo" es sudar, parir, partirse
el alma sobre el yunque o el arado,
sopas de ajo al despuntar el día,
sopas a media tarde y a la noche,
mullirse bien la carne
para la bota enorme del cacique
y madrugadas en que la miseria
vuelve caricatura el pan y el beso.

Pero también pueblo tiene su espadaña,
su romero, sus niños, sus canciones de rueda,
su leyenda inefable
como un claro "decir" del diecisiete...
Y aquí está ya su entraña desgarrada,
su abierto corazón para la fusta;
pueblo de España, elemental, clavado,
remachado entre olivos e intemperie;
pueblo de largas privaciones, pueblo
desamparado y solo,
tendido a la campiña como una mano abierta
implorando un poquito de compasión,
un celemín siquiera
de eso que llaman paz, sueños, desvelos...

1962

*

UN NIÑO

Yo escuché: "Corazón"... "Dinero"... Oscuras
palabras como cieno, como llamas.
Pero miraba una peonza, un trozo
de pan, una pelota,
y era todo mi mundo, toda
mi sangre encaramada en su horizonte.
El cuchillo del frío me mordía
las carnes por diciembre con escuela,
y otra más fina brisa arrebolaba
mi ilusión por tío-vivos, por canciones
de estrella y toscos dulces artesanos.

Me paré una mañana: abril subía
por la caña del trigo y el almendro;
marinerito
del Niño-Dios redondo,
carne y verdad para mis siete brincos
de inicial completarme,
vela rizada y lazo con espigas...
vela rizada y lao con espigas...
Me paré una mañana. Yo decía:
"Anda, mueve una pierna y luego otra,
y echa a correr hacia los campos, hacia
otros niños con pan y chocolate,
aunque te lleven
al "dos por dos", al laberinto
de azules ríos, planas y batallas..."
Pero era inútil, mi cintura estaba
labrada de cardenchas y gusanos,
las raíces sin alba de mis dedos
se enroscaban, marchitas, por raíces
de tomillo ciprés y jaramago.

Y hoy, de nuevo, he podido
correr hacia la umbría, recostarme
en el caballo y el resol, la clara
tarde para el disanto o el "novillo".
He podido encontrarme con tus ojos,
con la florida luna de tus barbas,
y te vengo a decir: "Dame dos perras,
abuelito, por ahí, junto a la esquina,
está el del piñonate, que en la plaza
nos dan, por nada, globos de colores..."

Carlos Muñiz Romero

LA PLANCHADORA DE PICASSO

Nadie ha narrado así, tan densamente como ella, cogiendo las palabras por su raíz, sin despegar los labios. Cuenta una vaga historia y nos la dice mudamente y nos distrae de ese quehacer concreto en que la sorprendimos. No le importa la plancha, estad seguros. Ni la oculta tampoco; ni se le ocurre, quizá, para qué pueda servirle. Cavila medrosamente esa malaventura que se le lee a una mano en el trasluz. Se toma en peso el alma, deshilvanando las medulas. Una triste esperanza de vegetal dolido nos la va haciendo apta para todo servicio.

¿No habéis visto el romero, tras el vendaval, y cómo se levanta, despe- rezando un crujido como de escarcha, mientras rearma tiernamente sus arti- culaciones agazapadas? Alza, entonces, sin prisas, su leve majestad, se mira, se cerciora de los propios verdes; recuenta, intactos, los costillares recién me- cidos. Palpa, por instinto de estar todos los días, el buey lento de la savia. Ro- cía polvo bendito, polvo ajeno y bendito, sin un rezo. Vela, tristón, su tallo mutilado, la ramita, el desmoche, la escasa moraleja de su fábula. Se ve cal- comanía. Con un solo color, con un gris verdeazul, se fija el sueño; lo hace dolor, lo ofrece mansamente, enajenado, como esa planchadora que tira fácil- mente de sí misma.

No espera cruz, ninguna cruz, la mansa loma gris del cuello. Caída está la cabeza, caída desde la cumbre del hombro claro, sin intentar desgajarse, cirineo del propio cuerpo, camino de su amargura. No espera cruz, la ofrece. Es toda ella, la planchadora gris, madero para cruz y para cuna. Nos mece entre esos brazos, nos corta con su frío, nos cede un surco para que agonicemos, se ofrece como tumba. Algo mana del hombro y se diluye, una especie de filoso- fía de lo cotidiano. Desciende premiosamente como un glaciar que hiere en lo profundo, que se parte en el cielo, le adensa el grave azul de la cabeza, gotea por las guedejas, deshilachado y hecho pensares de mujer, de una mujer, de esa mujer, de todas las planchadoras sin vocación, ganadas por el ansia y amor de estar planchando.

La planchadora sueña. La hemos sorprendido—y no lo nota—soñando. No sabemos si inicia el divagar o lo ha cortado bruscamente al acordarse del perejil que no ha comprado en la plaza, del novio aquel lejano, de aquel alguien presente y desvaído que la hiriera el primero y que la ronda sin distancia por los azules resignados, mientras la ve y la piensa, mudo y perplejo, y de la mano de Picasso.

Los verdes amarillentos, los humos que parece que le han sobrado a la mujer en la cabeza, la arrebatada nebulosa de amarillo marrón, van condensando, por allí y hacia arriba, lo que algún hombre se dijo tantas veces, casi confundido, al verla, viéndola así, vencida, hecha a sus horas, cruzando con menudo ir la casa, ir y venir, trayendo, calculando, frenada ante su espejo para subirse las guedejas y, luego, cuando su andar, quitándose la horquilla para que el pelo caiga y penda rezumante y suelto.

¿Cómo es posible ignorar tanto misterio, una luz tan tranquila, esa exacta certeza de vaguedades? La mirada de Adán vuelve siempre a sí mismo, hacia el abismo menudo de la costilla que le falta. La mirada de Adán pasa factura. Nunca supo de olvidos. Vuelve a echarse a dormir y desconfía. Protege, aun cuando sueña, sus costillares con el codo.

Picasso lo despierta. Le pone por delante, cruel y a la española, la desvelada presencia de ese hombro de mujer, de ese gesto familiar, dulcemente agresivo. Y ahí lo cuelga todo: el brazo, el mundo, el gris, el aire de sumisa nostalgia esperanzada, el chorreón sangrante y siena que nos precisa la espalda y que la hiere tibiamente como mordida o flagelada. Todo pende del hueso, del hombro loco y certero. Y ya no queda otra cosa que hacer, ni que fingir, sino aceptar que esa mujer es de romero y lleva consigo y para siempre un esqueleto de fábulas.

*

AUTOPSIA EN VIVO A RAFAEL ALBERTI

Desguacemos tu nombre, lo primero:
si arcángel de los peces, peregrino
que, por agallas, sale curandero,

si Bello Rafaello, si Divino
Calvo que inventa con kikiriquíes
la primera verdad y el quinto pino,

hachas de luna y tristes bisturíes
de la polar, inquieta y marinera,
desbrocen tanta ronda de alhelíes.

Porque tu nombre ya es devanadera.
Ni duerme ni vigila. Se deshila
entre el pincel, el ala y la montera,
con tanta majestad y tan tranquila
que ganas entran, buñuelescas ganas,
de bordarlo con seda en tu pupila.

¿Quién le puso a tu arena barbacanas,
te coronó la torre de merengues,
sumergió la cigüeña, anidó ranas?

Te vienes, para el fin, sin perendengues,
castizo el aire y gaditano el rango,
soñando en los fenicios y en los mengues,

puro entre Bach y la Repompa, el tango
y el addagio maestoso, entre orfeones
y una murga de pícaro fandango.

Naces en Paolo Ucello, en los cartones
de Francisco de Goya, en la maraña
relógica del Bosco a sinrazones.

Mueres, como Picasso, en la guadaña
de todo lo que suena y que consuena
con España, una España y la otra España.

*

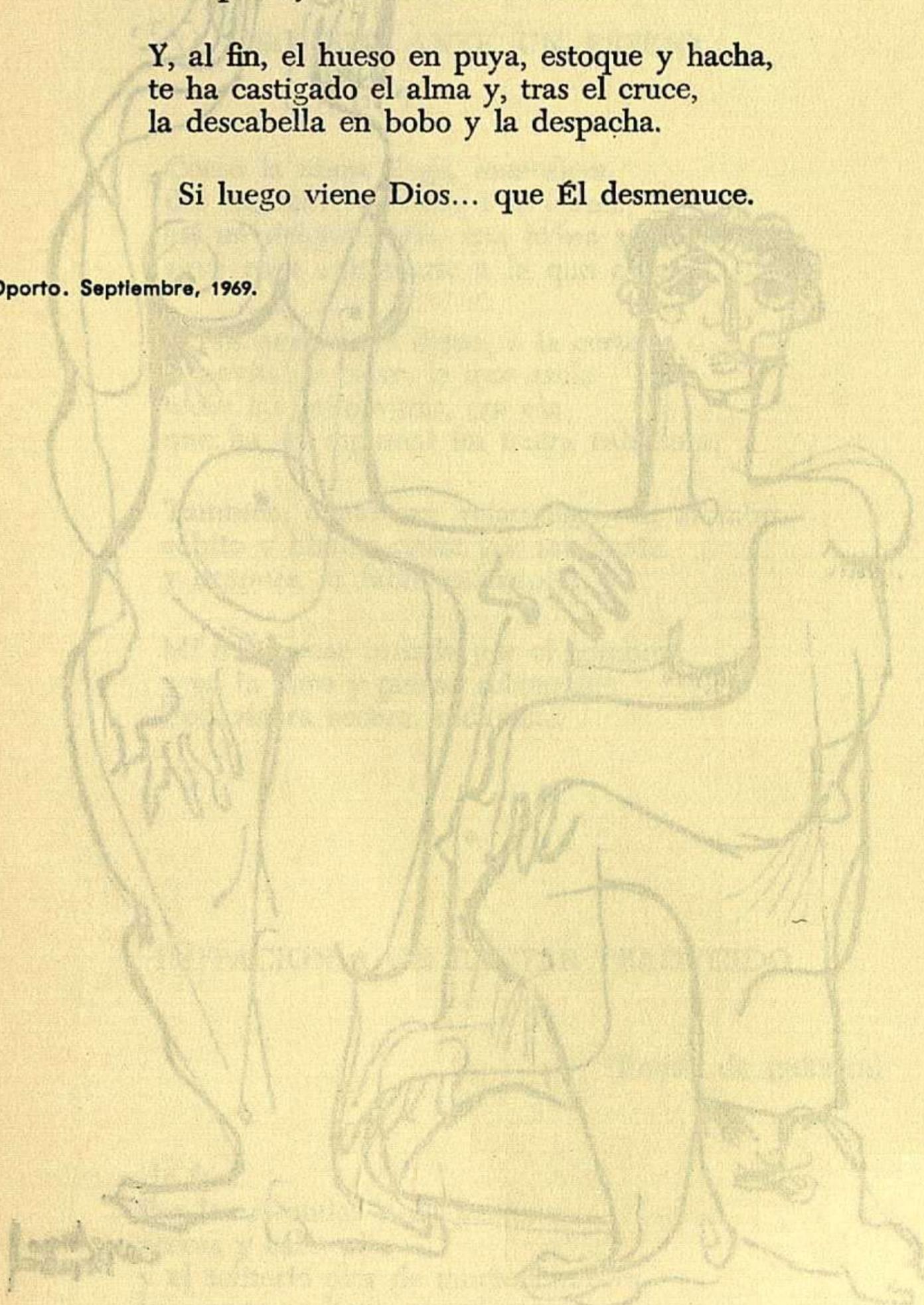
Este hueso da al mar, pero esta vena
te late a contrapelo y se remonta
al Ebro, al Arno, al Orinoco, al Sena.

Este hueso da al mar, pero la tonta
cariada espuma que lo deshilacha
multiplica y afila un tanto monta.

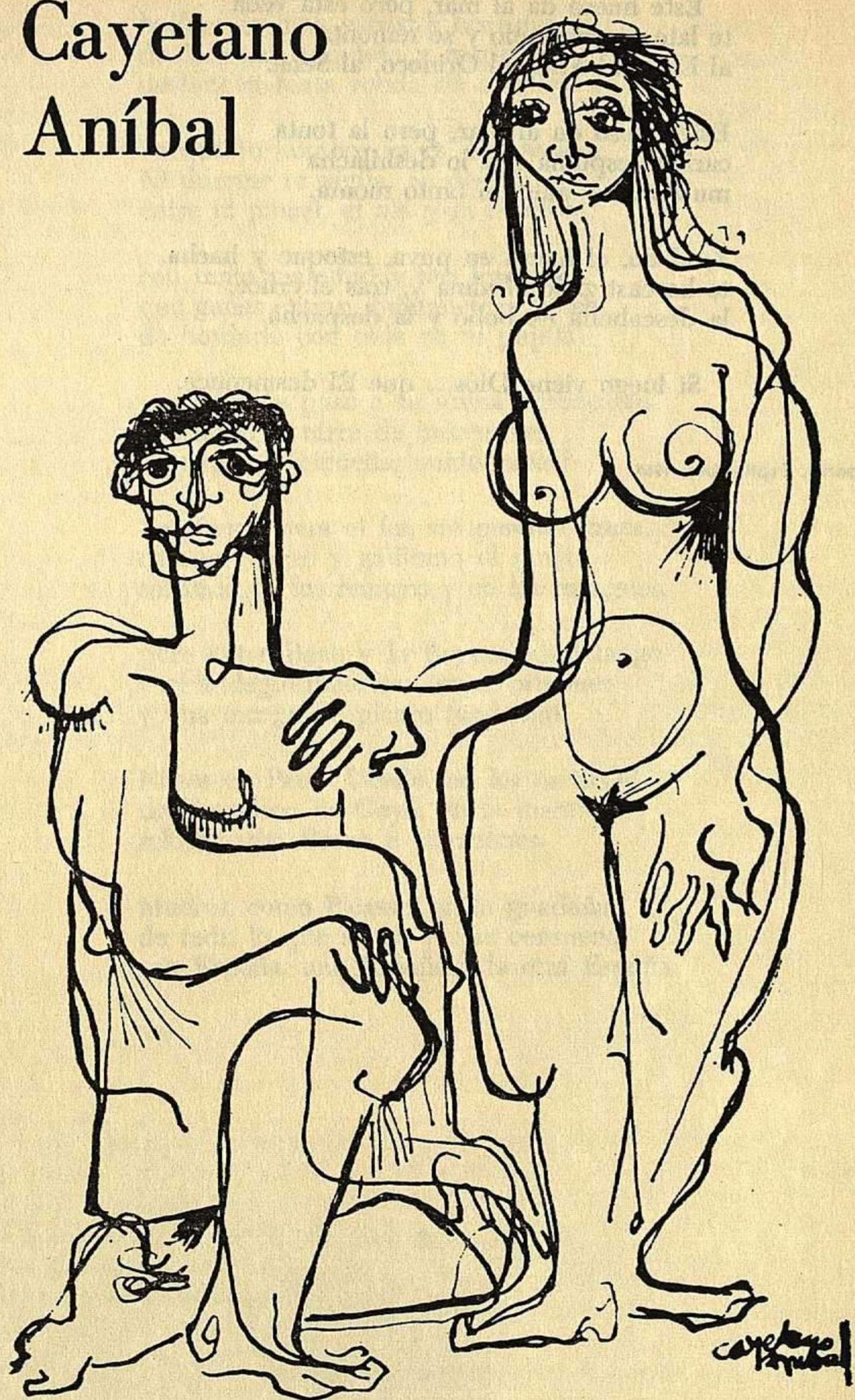
Y, al fin, el hueso en puya, estoque y hacha,
te ha castigado el alma y, tras el cruce,
la descabella en bobo y la despacha.

Si luego viene Dios... que Él desmenuce.

Oporto. Septiembre, 1969.



Cayetano Aníbal



Pilar Paz Pasamar

SONETO ANTE UN ESPEJO

Como la abeja llega, mensajera
del enjambre cercano a la corola,
así un delgado hilo, una hebra sola,
sirve para anunciarse a la que espera.

A esa que ha de llegar, a la certera
e inevitable nieve, la que asola
todas las primaveras, esa ola
que ha de espumar mi negra cabellera.

También, como un relámpago, un asombro
súbito y blanco cruza por mi frente
y después, la fatal melancolía.

Mi trenza cae arriada por el hombro
y yo la miro y pienso solamente:
Todavía es oscura, todavía...

*

IMITACION A UN CANTAR TRADUCIDO

(Fondo de guitarra)

¡Je fus!
Por las rotondas y los parques,
aceras y cafeterías
y el solitario olor de muchedumbres,
la muerte se hace, a codazos,
un sitio y permanece

quieta sobre el espejo
donde se ha de asomar la solitaria,
para exclamar palpando sus mejillas:

¡Je fus! ¡Je fus! ¡Je fus!

El general en su retiro gime,
el industrial se palpa el vientre, gime.
Dentro de vasos de cristal temblean
las dentaduras de los que suspiran:

¡Je fus! ¡Je fus! ¡Je fus!

Junto a la cuna el gran amor, el grande,
el magnífico amor de los amores...
Manos que ya jamás serán palomas,
senos que ya jamás serán altivos.

¡Tú serás! ¡Tú serás! ¡Tú serás!

Una niña de pronto. Aquel muchacho.
De pronto. Algunas manchas. Ya la nieve
deja de ser. Se sienten cohibidos.
Un disco. El humo. Nada hay blanco. Cruza
un ave ennegrecida por el cielo.
Silbando, masticando su tristeza
recuerdan algo que les hace daño.
Es tarde. Nada hay blanco. Nada hay blanco.

¡Je fus! ¡Je fus! ¡Je fus!

Rafael Soto Vergés

LA AGORERA

La caminante luz va de tu mano,
morrál o cuento de buhonerías.
Las significaciones de las tardes,
el polvo de las fuentes suspendidas,
te siguen por las ramas donde vuela
en universo o larva un ansia limpia.
¿Para quién lleva el peso más oscuro
el cardador de sombras, qué otra vida,
como el que lleva escombros de uno en otro,
le viene incorporando a su ruina?
No lo sabe. Soporta el parpadeo
de los meses finales, siente encima
lo que al tejón seduce y acrecienta
en el canal de sus abiertos días.
Los caminos te ponen por delante
algún pueblo, un verde caz o encina
donde bebe el pardal de un desaliento
mientras buscas las señas allá arriba.
Pero las tardes caen. Cierra sus puertas
la madre temerosa. Las cocinas
oyen las narraciones de lo oscuro
y el hojaranzo anuncia tus visitas.
Sin embargo, se salvan. Algo mueve
la tristeza, las ramas pensativas.
Piedra de los espacios, ya lanzada
contra las pobres frentes elegidas,
¿qué estrella, o qué taller imaginario,
me atenaza y enciende mi alegría?
Mujer, rebeladora de los signos,
abre el cerezo de los astros, quita
la cuerda del repliegue de los vientos,
desata por el suelo las herrizas
del polvo, de la noche. He de dormirme
sobre las ramas de la maravilla.

1958

*

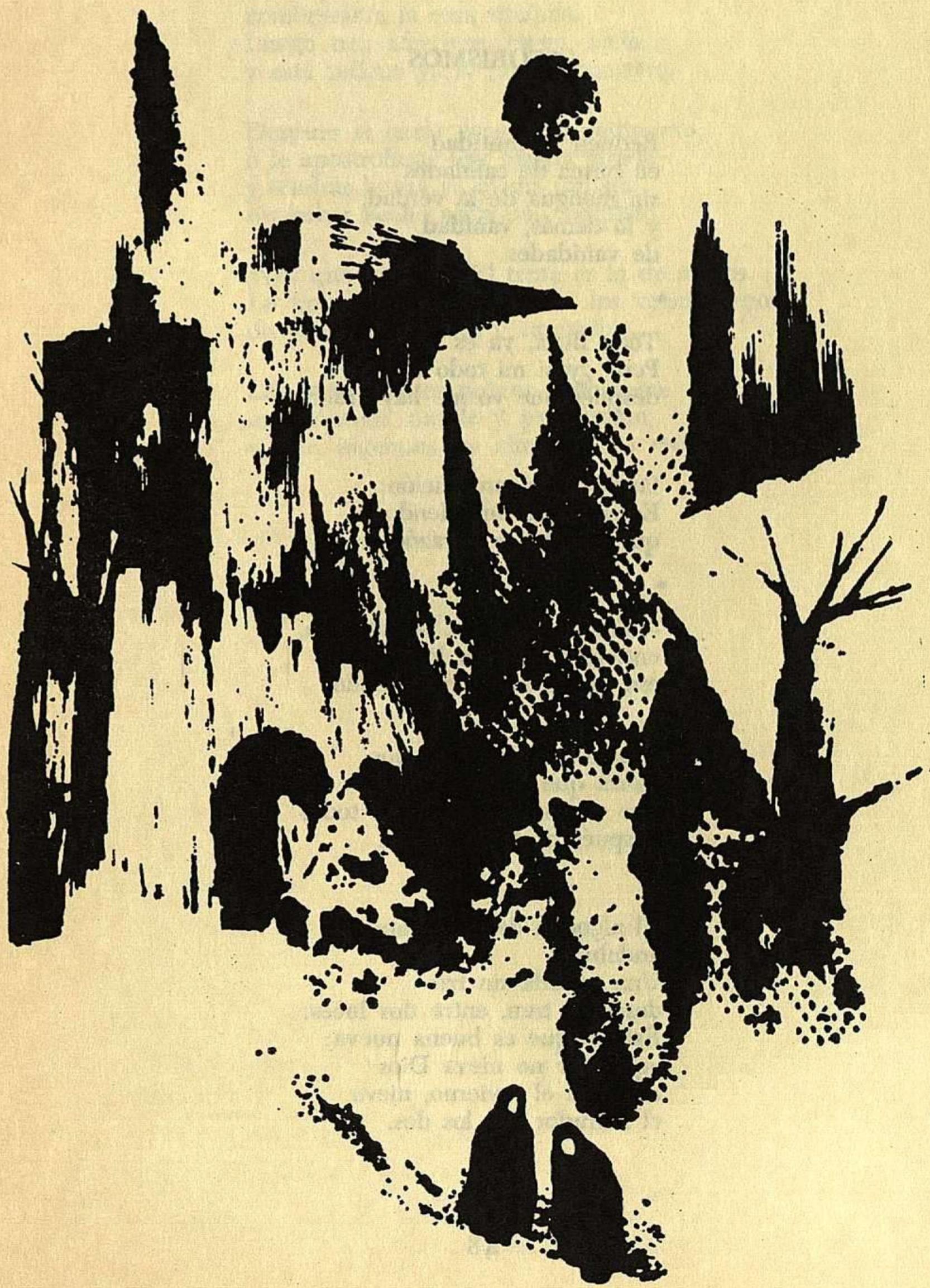
LA PROCESION DEL PAN

Las manos abiertas, garras, por el monte, por abrojos,
subiendo cuestras, sin luz, hacia el bosque no anhelado,
por la umbría de epopeyas, sin recuerdos, con temores,
sonando contra los troncos los legendarios trabajos.
Desaparecer, caer, en el aire de las grutas
sin pensamiento. Llevar en hoyos maravillados,
confundirse entre las hojas del satisfecho destino,
sí, quedarse como gotas suspendidos y emplazados
a muerte, a luz. Con su hambre de corazón y de fábula:
lo desean en sus casas, en sus talleres vilanos.

Pero es un cuento. No duran las hazañas ni los días
y de rama a rama cae el vuelo aquel de pigardos.
Las procesiones levantan sus sollozos a la esfera,
cirios rojos sobre charcas, llevando el deseo por lábaro.
Bandera del afán pueblo, la justicia, el pan oscuro,
sobre el lomo de un hurón la muerte se ha abanderado.
La casa de los hambrientos, centro del valle, se alegra
con las fiestas ruidosas de los que iban soñando.

Hartazgo no vimos, luz ni pan, sólo buhoneros.
La epopeya de los hombres se talla en rudo retablo
sobre el bosque. Las figuras zozobrantes van cayendo
en lunación de quimera y de hambre a fijo plazo.
No tendrían reposo nunca. Las campanas los delatan
en sus guaridas. Los echan, otra vez vivos, al campo.
Las navegantes conciencias, a la vela de los fuegos
del escaramujo inquieto, mastican su sueño vano.
Van abriendo la maleza, gloria de una claridad
efímera: al sol naciente los caseríos ahogados.
¿Se satisfarán de vida? Tal vez. Verán su merienda,
en la pradera del vino y del pan de muerte, hartos.

Sánchez Muros



José Luis Tejada

AFORISMOS

Reducir la cantidad
en busca de calidades
sin mengua de la verdad;
y lo demás, vanidad
de vanidades.

*

Todo llega, ya es sabido.
Pero, ¿y si mi todo llega
después que yo me haya ido?

*

Perdonar es presunción:
Es empezar suponiendo
que uno tiene la razón.

*

—Todo es relativo. —Entiendo,
entonces también lo es
eso que está usted diciendo.

*

Amigos, de todos modos,
habrá que reconocer
que nos sobró tiempo a todos
después de tanto correr.

*

El algodón de los campos
andaluces.
Una venada sin frío
desde el tren, entre dos lucés:
Esta sí que es buena nueva:
aquí que no nieva Dios
ni nieva el invierno, nieva
el labrador por los dos.

*

RECETA PARA RELLENAR SONETOS

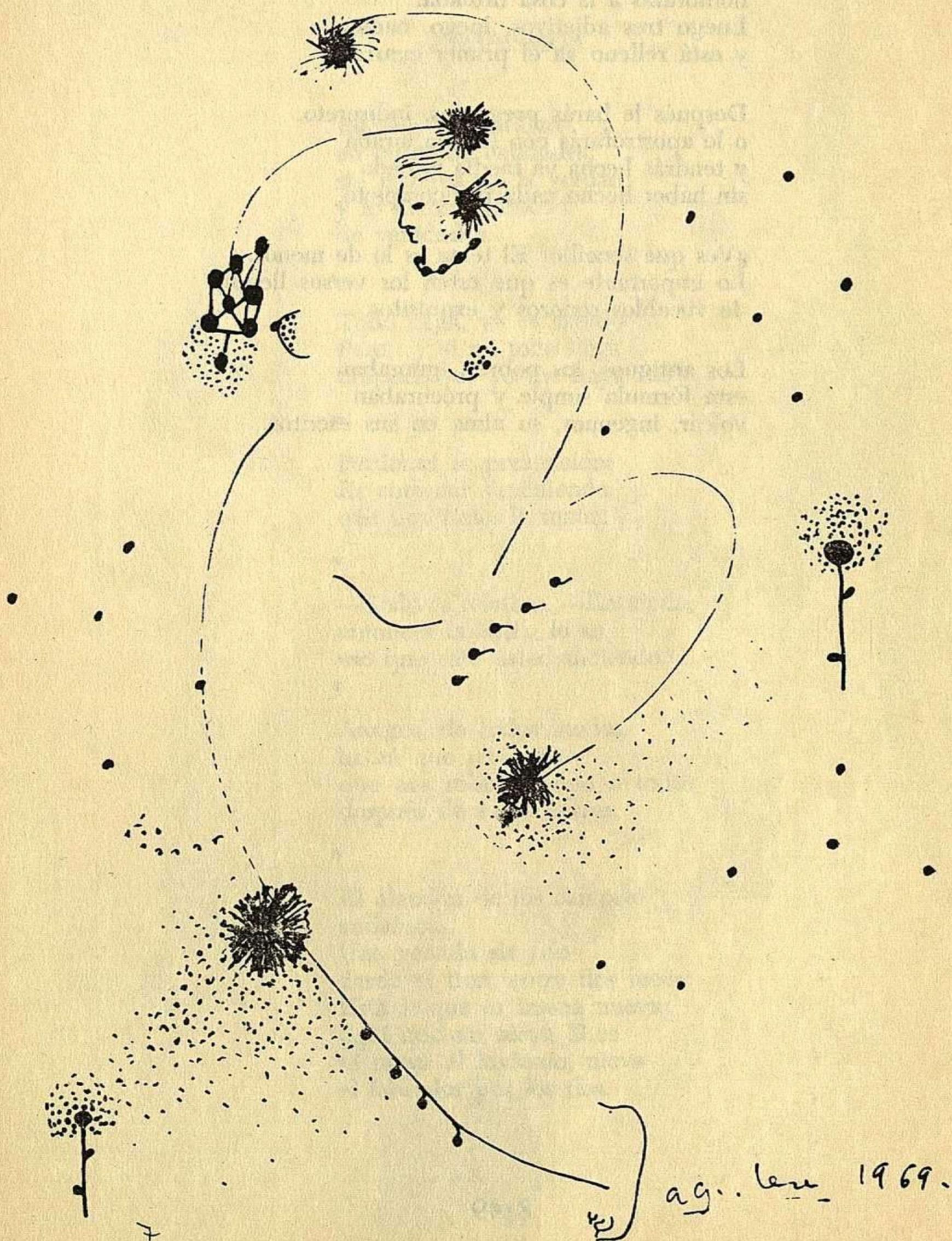
En el primer cuarteto del soneto
nombrarás a la cosa titulada.
Luego tres adjetivos, luego, nada...
y está relleno ya el primer cuarteto.

Después le harás preguntas, indiscreto,
o le apostrofarás con lengua airada
y tendrás hecha ya media jornada
sin haber hecho nada por completo.

¿Ves qué sencillo? El tema es lo de menos.
Lo importante es que estén los versos llenos
de vocablos sonoros y exquisitos.

Los antiguos, los pobres, ignoraban
esta fórmula simple y procuraban
volcar, ingenuos, su alma en sus escritos.

Aguilera



ag. leu 1969.

Punto final

Carta abierta al poeta Rafael Guillén

Mi querido Rafael Guillén:

Fue idea tuya este número de LITORAL con tema «Algunos poetas andaluces del 50.»

Coincidía con una manera de ver por mi parte esta primera etapa de la revista, cuyo «año literario» (12 números) vamos a cubrir ya.

Tú has orientado este número.

Sobre el afecto que te profeso, existe en mí el convencimiento que eres entre esos poetas andaluces del 50, un espléndido poeta. No por tus galardones literarios... No. La Poesía, y más en esta hora, está por encima de esos premios... llamémosle nacionales.

Te ofrecí las páginas de LITORAL y tú las cubres a tu aire y con tu propósito.

Enmarca así nuestra revista con el núm. 12 dedicado a Antonio Machado las épocas de su tiempo y mi tiempo.

Cuando yo nací era ya un poeta consagrado Antonio Machado. Vive, piensa y siente desde Roma Rafael Alberti.

Mientras me enseñaba hace unos meses la ciudad, la íntima ciudad de su mundo, desde vía Garibaldi, a los jardines de la Farnechina, del Vaticano al convento de las monjitas que inspiró su extraordinario soneto «Arte Sacra Romana», me iba señalando...

—Mira cómo gritan esos italianos... como en los barrios bajos del Madrid de tu tío Carlos Arniches...

—Esta calle... parece Toledo...

Invencible nostalgia de su sangre española.

Viven entre gritos interiores y exteriores de protesta estos jóvenes poetas y pintores que cubrieron a lo largo y a lo ancho el número 10 de LITORAL. Ellos son la fe y la esperanza. Y vivís vosotros los poetas del 50, esa generación del silencio, de la que hablábamos tú y yo en aquella noche del Albaicín en tu Granada.

¿Pero me dejas al llegar al final, a este «Punto final», que comente un poco tu introducción?

La liberalidad es eso, que desde aquí dialoguemos en tus páginas y mis páginas sobre ideas, versos y pensamientos.

Todo esto que voy a decirte no es sino remachar una identidad de criterio entre nosotros dos. Lo que pasa es que tú ves con humor, lo que yo veo con tristeza.

Yo sé que tú no crees en las posturas intermedias, ni independientes (ya lo dices.)

Frente a la injusticia, frente a la censura que es la mordaza y la tiranía sobre el escritor, no hay tonos híbridos.

Sólo cabe el silencio o el grito. O se calla uno, que es lo que sitúa a muchos de esa generación del 50, o se marcha uno a donde pueda hablar y pensar.

Hasta hace muy pocos años en que existía la censura previa, manteniendo después la de los expedientes y las multas, este país nuestro pierde toda una generación, ¿la llamamos del 50?, para los caminos literarios, para la Poesía y el Pensamiento.

Cuando se vuelve a poder pensar, resulta que el teatro es Valle-Inclán y García Lorca y Arrabal, casi con la sola excepción de Buero. Cuando el cine cede a la estupidez de los diálogos cambiados y los personajes mixtificados diciendo lo que no dicen, entra Bruñel y cuando se autoriza la «Revista de Occidente» nos encontramos de nuevo con que la Filosofía es Ortega y Unamuno y Zubiri y Bergamín.

Hablo a escala y proyección mundial.

Dos géneros tienen en estos años plumas que desde aquí alcanzan una medida: la novela y el humor (refugio de la crítica en broma que pasa mejor). Cela, Mihura y Mingote son tres representantes de marcada importancia.

Nadie debe llamarse a olvido, porque no amplíe los nombres. Mihura puede ser Tono y Mingote, Chumy Chumez, por ejemplo.

De la prensa, mejor no hablar. Recordar lo escrito da pudor y vergüenza.

Ahí, en las páginas de este LITORAL resucitado, está con este nú-

mero 11 y al llegar con el número 12 a Antonio Machado, todo un tiempo poético cogido con alfileres.

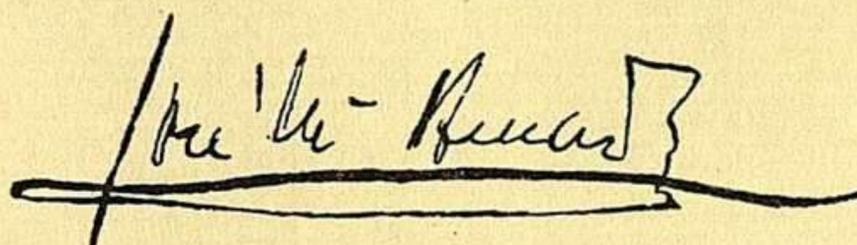
No sé si siempre acerté. Cuando unos y otros me juzgueis, me absolverá el corazón y la limpieza que es como hablar de dentro afuera y de afuera a dentro.

¿Va a seguir LITORAL? Creo que sí. De tanto despreciar el dinero, a lo peor al final, no hay, Si sólo quedaran estos 12 números, a través de los cuales adquirí un compromiso con mis suscriptores, «mi familia literaria», yo sentiría el orgullo del orfebre, que a golpes sensibles, casi a flor de piel, labró su pequeña joya.

Si seguimos adelante, continuaremos si nos dejan, hablando, pensando y sintiendo sobre nuestro mundo poético tan lejos de la política con minúscula, y tan cerca de la Política con mayúscula de los poetas y pensadores. ¡Vamos!, de la verdad.

Gracias por este número 11, a ti; a Aquilino desde Roma; a Carlos Muñiz; a Pepe G. Ladrón de Guevara; a José Luis, marinero en tierra también, en su Puerto de Santa María; a Julio Alfredo en Chirivel, a quien su pueblo y nosotros debíamos regalar una vara con flores, como el Ángel de la Anunciación, y a... en fin a todos.

Y para ti un fuerte abrazo:

A handwritten signature in black ink, reading "Pepe G. Ladrón de Guevara". The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

... el ... de ...

COLOFÓN

Se terminó de imprimir este número, cuya edición consta de 3.000 ejemplares, el día 20 de febrero de 1970, en Gráficas San Andrés, Alonso Cano, 4, y en Imprenta Dardo, Avda. Generalísimo, 33, de Málaga. Fue concebido bajo la orientación conjunta de Rafael Guillén y José María Amado. Con ellos intervinieron y colaboraron Manuel Gallego Morell, Angel Caffarena Such y Jesús de Ussía, y está dedicado a la generación que surge para la Poesía después de la guerra civil, en la que no tomó parte. Punto intermedio entre la generación del 27 —espléndida generación— y los jóvenes poetas del 70.

**Estamos en una barca
y hemos perdido los remos.
Y nos lleva la corriente
a donde menos queremos.**

José Bergamín.

40 Pesetas